

## fernando fernán gómez

SI Fernán Gómez trabajase en un medio teatral más riguroso sería, probablemente, uno de esos actores excepcionales capaces de renovar con su interpretación los textos más conocidos. O de imponer los rasgos de su genio a los nuevos.

La reciente edición de un disco —«Diálogos de Don Quijote y Sancho»— es, con las limitaciones que siempre tiene una expresión reducida a la voz, un ejemplo más de lo que digo. Yo nunca había oído en castellano una cosa así. Y conste que incluyo en las comparaciones a toda la serie de actores ilustres que, a veces en España, normalmente en el extranjero, han grabado poesía o fragmentos teatrales. Lo que hace Fernán Gómez es magnífico: sorprende cómo a partir de ese énfasis —que aquí es un poco débil, pero que, con frecuencia, es en Fernán Gómez una cobertura de su intimidad—, de esa hinchazón ligeramente caricaturesca con que recrea a Don Quijote, llega a expresar emociones diversas, a ser personaje vivo, cambiante, real. Con lo que a la increíble grandeza del texto viene a sumarse esta dramatización y puesta en pie que le presta Fernán Gómez. ¿Qué habrían dicho de este disco los que, como Ortega, defendían el teatro leído, porque dejaba a la imaginación del lector la posibilidad de engrandecer lo que, en escena, hecho por unos actores y ante unos decorados, se concretaba y, por tanto, se limitaba? Porque es el caso que este Quijote de Fernán Gómez, aun sin imponernos rostro o cuerpo alguno, es, por su voz, un personaje preciso, cuyas emociones nos afectan sin pasar por ningún proceso específicamente imaginativo. La voz del actor, cuando se trata de un actor como Fernán Gómez, profundiza, humaniza, aclara, nos da una realidad dramática a la que nunca llegaríamos con la lectura de Cervantes. El personaje está ahí, frente a nosotros.

El disco —Aguilar, Colección La Palabra— nos devuelve al Fernán Gómez de «Mi querido embustero» y «La sonata a Kreuzer», dos de las mejores interpretaciones que se hayan visto últimamente sobre los escenarios madrileños. Y nos plantea la eterna cuestión: ¿cómo un actor de tanto talento pueda gastarse a menudo en obras sin ningún interés? ¿Por qué ese angustioso zig-zag, ese enmascaramiento periódico de la inteligencia? ¿Por qué ese dirigir o interpretar obras sin calidad, situaciones muy por debajo de las posibilidades del actor?

He aquí unas preguntas serias, porque no nacen del capricho profesional de Fernán Gómez. Si él hace las cosas así, quizá sea porque el medio le obligue a ese enmascaramiento, a ese humilde pedir perdón por las obras en que se muestra tal como es, por sus grandes noches de actor inteligente.

Quizá en los propios criterios selectivos de Fernán Gómez haya algunos fallos. Quizá podría haber elegido mejor: buscar un teatro decoroso de cierto éxito, y no ponerse jamás por debajo de ese nivel. Bien mirado, es uno de los pocos intérpretes españoles con fuerza para sostener normalmente una compañía propia. Sin embargo, su carrera ha sido torpe en títulos, heterogénea mezcla de aciertos y grandes concesiones, probablemente porque una gran concesión, precisamente por su desmesuramiento, equivale a no conceder nada. También podría pensarse si a Fernán Gómez no le ha faltado una gran compañía nacional que le sujetara y disciplinara...

Hará un par de años sostuve una larga conversación con Fernán Gómez. Recuerdo que me dijo varias veces que «quería ser uno más, para que lo dejaran tranquilos». Estaba aún reciente «La vida por delante» y Fernán Gómez parecía preocupado ante su clasificación como director prometedora e interesante del cine español. Se notaba que tenía prisa por dar un paso atrás.

Lo mismo le ocurre en el teatro.

Y lo hace para estar a salvo. Porque no cree en el medio, en el público, en la estructura. Porque su pesimismo y su instinto defensivo le lleva a desear ser «uno más» cada vez que su inteligencia lo pone por delante del resto. (Es una sicosis parecida a la que existe en los cuarteles.)

Este drama del mejor actor español contemporáneo es muy representativo. Por eso lo comento aquí. Tipifica muchos casos, no sólo entre los actores, sino entre los «que viven del público». Un público que —y aquí habría de citarse el famoso artículo de Unamuno— no «representa» a la sociedad, sino a una parte muy concreta, con una mentalidad y una posición en la historia muy determinadas, y, en definitiva, poco dispuesto a ensanchar su comprensión. Santarén, el excelente autor portugués, escribía que el «gran problema» es trabajar para un público al que «ya no se ama». Se puede decir de muchas maneras. Y de muchas maneras se ha dicho. De ahí viene, precisamente, esta pugna entre los intelectuales —lo mismo da poner comillas o no, o decirlo con soniquete o llanamente, porque se trata de un tipo de seres humanos que existen realmente— y la mentalidad que el público teatral habitual encarna. ¡Si aún están por estrenar en España los esperpentos de Valle!

El caso de Fernán Gómez es, en definitiva, una terrible acusación a la escena española. Como probablemente lo es el de Marsillach, capaz de montar «Después de la calda» como lo hizo y, sin embargo, metido meses y meses en cosas sin ningún interés. Fastidiosa cosa de vivir en una sociedad que no exige a hombres como Fernán Gómez que estén siempre a la altura de su innegable talento.

JOSE MONLEON

Ahora en  
ESPAÑA  
NUEVA  
Immac  
la perfecta  
crema  
depilatoria

En toda Europa, las mujeres con experiencia en el cuidado de la belleza femenina prefieren IMMAC, la más alta calidad en Crema Depilatoria. Saben que la rápida acción de IMMAC, a la vez que muy segura, es, por suave, indicada para aplicar a la cara, y perfecta para piernas y antebrazos. IMMAC es delicadamente perfumada y tan fácil de usar como cualquier crema facial. Usted sólo sabrá cómo debe ser una Crema Depilatoria de la más alta calidad apenas haya usado esta nueva IMMAC.

Crema depilatoria

Immac

También segura  
para su cara

TRADE MARK

